

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]



2019

Presentamos los cuentos y dibujos ganadores del Festival de Creación Literaria para Niños y Jóvenes 2019, organizado por el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas, el Pregrado en Literatura y la Universidad de los niños de EAFIT. Estas creaciones son una muestra de la comprensión que los niños y jóvenes tienen del mundo, sus conflictos sociales y la relación entre el conocimiento científico y la humanidad.



Categoría 1

14 a 18 años

Primer puesto

El trapo blanco

Juliana Gutiérrez Arango
Colegio Montessori

21/05/2002, 02:43

Adriana no podía dormir. Acurrucada en la cama de sus papás, observaba el techo del cuarto débilmente iluminado por la tenue luz que se filtraba entre las cortinas. Estaba a punto de levantarse a buscar algo que hacer cuando un cambio súbito en el ambiente la congeló de pies a cabeza.

Donde antes estaba el murmullo de la televisión de una casa vecina y la distante música nocturna de los bares, ahora había silencio; y donde antes estaba la poca luz que conseguía entrar por las ventanas, ahora había completa oscuridad. Adriana siempre le había tenido miedo a la oscuridad y, aunque sabía que era una fobia más bien infantil para una niña de doce años, podía sentir el pánico floreciendo en su pecho. Antes, su hermano, Felipe, la consolaba cuando se iba la luz, pero desde que la guerrilla lo reclutó Adriana temía sola y en silencio. Es por eso que no puso problema cuando sus papás le insistieron que durmiera con ellos, aunque no quisieron explicarle por qué. Pero ella sabía.

Últimamente había más violencia en las calles, y Adriana lo había notado, aunque los adultos pretendieran esconderlo. Había una tensión palpable en el aire, y varios de sus compañeros de clase habían cesado de asistir al colegio. Y, por supuesto, estaba lo de Felipe. Adriana sabía que se lo habían llevado a hacer cosas malas, y que, si él hubiera dicho que no, las consecuencias habrían sido peores.

Adriana suspiró pensando en esto. Y luego comenzaron los gritos.

Un amedrentado alarido cortó el silencio de la noche y despertó a sus papás. Todos juntos se asomaron por la ventana justo a tiempo para ver la llegada de los tanques. El papá de Adriana solía relatarle cuentos de hadas para ayudarle a dormir, historias de valientes princesas y horribles monstruos. Cuando Adriana vio los tanques, lo primero que le vino a la cabeza fue la imagen de esos monstruos grandes y violentos que aterrorizaban aldeas y mataban inocentes. Esa realidad no parecía muy lejana al presente, con estas inclementes bestias de metal invadiendo las calles y esparciendo pánico. Adriana sabía cómo terminaba esta historia: las bestias arrasaban la aldea, dejando solo cuerpos, dolor y destrucción.

Los soldados que seguían a los tanques comenzaron a disparar. Cualquier persona en su camino era un blanco para ellos; no miraban dos veces antes de apretar el gatillo. Las balas impactaban estruendosamente contra paredes y ventanas, pero el ruido de los disparos era opacado por los gritos agonizantes y el llanto desesperado de los civiles. Adriana olvidaba con frecuencia que los soldados eran personas

de verdad, que bajo su uniforme había un corazón. Después de todo, a ella siempre le habían parecido demasiado indiferentes ante el sufrimiento de los demás como para ser humanos. Veía una y otra vez cómo apuntaban y disparaban y mataban y destruían sin mostrar el más mínimo remordimiento, su rostro frío y estoico.

Alguien tocó la puerta.

Sobresaltados, los tres se miraron entre sí. Los papás de Adriana se comunicaron silenciosamente por un momento, y luego su mamá se la llevó al baño y se escondió con ella en la ducha. Unos segundos más tarde, escuchó a su papá abrir la puerta.

—¿Qué...? —su papá sonaba incrédulo. Pasaron unos segundos de tenso silencio—. ¿Tú qué estás haciendo aquí?

—Me preocupé por ustedes cuando llegaron los tanques y me vine a escondidas —respondió una voz familiar.

—Bueno, entra pues, hijo, antes de que alguien te pille.

Fue entonces cuando Adriana entendió lo que estaba sucediendo. La voz de su hermano había cambiado en los meses que llevaba sin verlo. Adriana miró a su mamá y vio lágrimas recorriendo sus mejillas, su expresión era una mezcla de gozo puro y agonía. Salieron del baño y su mamá fue corriendo a abrazar a Felipe mientras Adriana lo observaba con desconcierto. Había cambiado tanto que era difícil reconocerlo. Estaba más alto, se había rapado la cabeza, y su cara parecía haberse endurecido, la gordura de la niñez remplazada por mejillas huecas y una mandíbula firme.

Pero lo que más había cambiado eran sus ojos. Parecían vacíos, como si la vida hubiera sido drenada de ellos. Cuando su mamá lo soltó, Felipe se acercó a Adriana.

—Te ves raro —dijo ella.

—Sigo siendo yo. Han pasado muchas cosas, pero sigo siendo yo.

Adriana asintió y abrazó a su hermano. Por más que había cambiado, seguía brindándole la misma sensación de seguridad que tanto extrañó en las noches oscuras, que pensó que nunca más volvería a sentir. Pero aquí estaba.

Volvieron a la ventana, ahora cuatro en vez de tres, y siguieron observando en silencio. Sus papás no le hicieron preguntas a Felipe, y él tampoco dijo nada. Aun así, su presencia era suficiente para que la familia se sintiera completa de nuevo. Pero, por más felices que estuvieran, en las calles seguía la masacre.

Vieron un soldado disparar hacia una casa cercana. Destrozó un vidrio y provocó un grito desesperado desde adentro:

—¡Mi hijo! ¡Le dispararon a mi hijo!

No mucho después, observaron a un joven cruzar la calle corriendo y entrar en la casa donde la señora gritaba. Adriana lo reconoció: era Wilmar, un amigo de la infancia de Felipe.

Unos cinco minutos después, Wilmar volvió a salir, esta vez cargando un niño con una herida en el costado. Desde la puerta, la señora de la casa miraba llorando.

Wilmar no había dado más de diez pasos cuando le dispararon. La señora soltó un chillido despavorido y salió corriendo a arrastrar a Wilmar y a su hijo de nuevo a la casa, pero el peso de los dos fue demasiado para ella. Cuando sonó un disparo cercano, agarró a su hijo y corrió hacia su casa, cerrando la puerta tras ella.

Adriana sintió a Felipe alejarse de la ventana. Pensó que no quería ver a su amigo morir, pero después vio que caminaba hacia la puerta. Su mamá lo agarró del brazo.

—Felipe, ¿qué estás haciendo?!

Él la miró por un largo rato, sus ojos llenos de tristeza y determinación.

—Lo que debo hacer —respondió, soltándose y abriendo la puerta. Sonrió a su familia, una sonrisa nostálgica que decía todo lo que las palabras no podían, y se fue.

Ellos tres volvieron a la ventana a tiempo para ver a Felipe cruzar la calle y arrodillarse al lado de Wilmar. Varios disparos resonaron en el aire, pero ninguno pareció impactar. Felipe se incorporó, puso su brazo alrededor de los hombros de Wilmar, y comenzó a caminar. Logró llegar a la casa de Wilmar, donde la mamá de este lo recibió y le hizo señas para que entrara. Adriana vio que Felipe respondía algo mientras entregaba a Wilmar y empezaba a devolverse corriendo. Felipe miró hacia arriba y sus ojos encontraron

los de Adriana. Comenzó a sonreír y sonó un disparo. Felipe cayó al pavimento.

Su mamá salió corriendo hacia la puerta, pero su papá la agarró desde atrás.

—No podemos salir, ¿no ves lo que pasa cuando alguien sale?

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó ella.

Adriana miró alrededor, pero solo veía la cama y los trapos colgados en la ventana. En un momento de desesperación, Adriana cogió un trapo blanco, sacó la mano por la ventana, y comenzó a agitarlo.

No sabía exactamente por qué lo estaba haciendo. Tal vez estaba buscando paz, o al menos la suficiente para ir por su hermano y traerlo a salvo. Solo sabía que no lo quería volver a perder. Sus papás la vieron y, tras un momento, los dos habían cogido toallas blancas y estaban agitándolas también por la ventana. Pronto, la mamá del niño que Wilmar había intentado ayudar también sacó un pañuelo blanco por la ventana, y después en la casa de Wilmar sacaron camisas blancas, y en menos de cinco minutos todas las casas de la cuadra tenían sus propias banderas.

La gente salía de sus casas, vestidos de blanco y agitando trapos o sábanas de este color, reclamando paz a gritos. Después, personas de otras calles llegaron también, algunas con la bandera de Colombia, coreando frases y levantando sus banderas o sus trapos.

Los soldados estaban atónitos; no parecían saber qué hacer.

El papá de Adriana bajó por Felipe y regresó a salvo a la casa, donde, aliviados, vieron que la herida de su hermano no era mortal. Pero si se hubiera quedado en la calle, Felipe habría muerto.

Adriana había escuchado sobre el invierno. Nunca había visto la nieve, pero con todo el barrio cubierto de blanco, se podía imaginar cómo sería.

Adriana nunca olvidaría ese día, el día en que fue capaz de parar la guerra por un momento con tan solo un trapo blanco. Pero, en realidad, el logro no fue de ella: fue de la comunidad que se unió a su manifestación y creó un sentimiento tan poderoso que lograron obtener un momento de paz para proteger su barrio, su hogar. Después de todo, el lugar donde vivimos también vive en nosotros.



Segundo puesto

El mundo que habitamos

Isabel González Johnson
Colegio Marymount

Desde el comienzo todos muertos en vida, dando vueltas en un planeta que da vueltas. Rota y rota la pelota rota. Cada uno con su saco de piel sin intención de llenarlo con algo más que un esqueleto. Contaré cómo viví yo la muerte que intentó traernos a la vida. El planeta que habitamos se enfrentó a una fuerza que incluso logró arrastrar un poco el Sol y deformar así nuestra galaxia. Fue tan grande el jalón que los planetas de nuestro sistema solar chocaron entre ellos como un dominó. El caos provocó unas enormes llamas de fuego, un fuego tan hambriento que arrasó con el cuero de todo lo existente dejando a sus espaldas miles de estructuras y esqueletos. Cuando nuestro planeta logró acercarse de nuevo al Sol vimos el milagro del amanecer después de cinco noches heladas que solidificaron los escombros y siluetas restantes. Despertamos con el calor de la gran bola de fuego que antes dábamos por sentada y su luz reveló el nuevo mundo en el que ahora debíamos vivir.

Cuando tuve el valor suficiente de salir de mi escondite, me encontré con que seguíamos siendo hombres huecos, ahora con huecos. Los huesos desnudos de nuestro cuerpo inme-

diatamente nos llamaron la atención. Efectivamente en mi interior no había más que un esqueleto y ahora este se había convertido en mi único exterior. Los árboles carecían todos de hojas al igual que los libros. En las casas no había un solo ladrillo y el espinazo de los peces se veía en la superficie del río. Los pájaros huesudos se dedicaban a caminar sin rumbo, pues sin plumas se había desvanecido aquel privilegio de volar. La vida había sido succionada a medias del planeta. Ahora ningún camino se me hacía conocido, todo era como antes, pero nada lucía como tal. En un paisaje color muerto se veían las sombras de millones de esqueletos.

Desconcertado, empecé a caminar en la dirección que creí que me llevaría al sol. Al caminar, no sentía la arena bajo los pies, y mi huella era tan delgada que el viento la desvanecía en cuestión de segundos. Todas las plantas estaban secas, y las rocas agrietadas. ¿Hace cuánto estoy caminando? Mis pies ahora se mueven automáticamente, como si hubieran sido programados para nunca parar. Estaba tan desconectado del mundo que no me había dado cuenta de que justo detrás de mí venía una criatura de huesitos pequeños muy determinada en seguirme el paso. Le sonreí, pero no sentí en mi cara producirse una sonrisa. Entendí que el alma también podía sonreír. Mi nueva compañera y yo emprendimos rumbo a... no importa a dónde. Subió cuidadosamente a mi hombro y seguimos nuestro camino. A mi costado veía esqueletos desesperados buscando a sus familiares que habían perdido toda facción de sus rostros que les definía. Algunos ni se inmutaban por moverse de su lugar, tal vez nunca habían construido nada. No habían perdido nada.

La criatura en mi hombro era muy inquieta, y veíamos el sol salir y esconderse en el horizonte diariamente en el mundo en el que todo debía construirse desde cero. Mi mano podía traspasar mi cuerpo, y comprendí que debía empezar por reconstruirme a mí mismo primero. Intenté llenar el interior de mis costillas con piedras, pero me hicieron muy pesado y no podía caminar. Intenté llenarme con nubes, pero escapaban de mi cuerpo y me fue imposible encerrarlas. Mi criatura amiga intentaba comer sin éxito, pues al tragar la comida todo caía al suelo simplemente. Sin embargo, ella siempre estaba feliz y se dedicaba a explorar las maravillas de este nuevo mundo y a corretear mariposas fantasmas. Persiguiéndola un día, me topé con el enorme tronco hueco de lo que alguna vez fue un árbol. En su interior encontré un gran pedazo de un espejo roto. Me miré y quedé estupefacto al encontrarme con el oscuro vacío de mis cuencas, pero en el orificio de lo que antes era mi nariz había empezado a brotar una pequeña flor, mi primera señal de esperanza.

Me dediqué a vivir plenamente y volvía de vez en cuando a mirar como se reflejaba mi alma en el espejo y se materializaba sobre mis huesos. Entendí que era así como debía empezar a reconstruirme. De mi cráneo goteaba pintura de diferentes colores, pues soñaba despierto con cosas maravillosas. A los lados de mi cabeza, tenía ahora dos caracolas que me permitieron disfrutar de las melodías más hermosas, solo porque yo quería disfrutar de ellas. En mis pies crecieron unas grandes garras que me ayudaban a dar cada paso con decisión y mis dedos fueron remplazados por pinceles y lápices con los que podía crear. Iba disfrutando de la vida, descubriéndome a mí mismo, con orgullo de que

todos pudieran ver quién era. No todo de mí era bueno por supuesto. Un día sentí mucho miedo, y detrás de mi cabeza crecieron hongos. En mis hombros tenía piedras en donde se acumulaba el peso de todas las cosas que no me había perdonado a mí mismo y mis piernas estaban cubiertas de lodo por todas las cosas que había dejado empezadas en mi inconstancia. A pesar de todo esto, aprendí a conocerme, pues nunca me había tomado el tiempo de hacerme preguntas. Ahora no se veía ni uno solo de mis huesos y orgullosamente me rodee de mí mismo.

Muy alegre, me fui a buscar al resto de la gente acompañado de la criatura a la que le había crecido pelo y que ahora tenía mariposas incrustadas en todo el cuerpo. Quería que todos compartieran conmigo lo que les adornaba el esqueleto. La primera persona tenía campanas en las manos, y me explicó que era un ladrón. Vi a alguien pasar y estaba cubierto de letras, en su espalda crecía una hermosa planta de café. Conversé con una señora gris y su cabello estaba conformado por números y fórmulas. En la orilla del río había un pescador con una bolsa en la cabeza y una enredadera de flores se había apoderado de sus costillas. Vi a lo que creo que era un señor cubierto de cristales y por ojos tenía dos hermosas estrellas de mar.

Me deleitaba al intentar descifrar qué significaba cada una de las cualidades de estas personas, pero supongo que a esto solo se llega después de conocerlas. No había forma de identificar si estos atributos eran positivos o negativos a simple vista. Solo eran, y eran muy bellos. Todas las personas tenían cosas maravillosas, aunque había quienes es-

taban menos adornados porque aún no habían descubierto la gran oportunidad que se les había dado para explorarse y mostrarse como verdaderamente eran ante el mundo. Aunque yo había logrado tapar todo mi cuerpo al exponer mi interior, las cuencas de mis ojos seguían llenas de un espeso vacío negro. Me sentía muy solo. Afortunadamente la pequeña criatura no había desistido de acompañarme. Estaba recostado en el suelo y ella se acurrucó a mi lado. Mirando la galaxia me sentía perdido, pero en un momento me di cuenta de que estaba mirando el reflejo de mis propios ojos. Al regresar al espejo miré los orificios con detenimiento y me encontré con que mi vacío negro estaba adornado con un ramo de estrellas. Entendí que cada uno de nosotros hace parte de la construcción del universo, y corrí a regalarles a todos una de mis estrellas para darles un poco de luz y sentí un corazón palpitante brotar en mi pecho. Era el comienzo de la primavera, la bienvenida a la vida en el mundo que habitamos.



Categoría 2

11 a 13 años

Primer puesto

Nightmare

Paulina Vélez Ángel

Institución Educativa Presbítero

Luis Eduardo Pérez Molina

A donde quiera que vaya, las cosas siempre van a estar crudas.

Quiero comenzar a relatar mi desgracia contemplando la ambigüedad de mi existencia: la certeza de mi muerte está ligada a la incertidumbre que alguien sembró en mí. Otro que me robó el sueño durante las frías noches y me hizo alucinar cuando el sol irradiaba a través de las montañas.

Al lado de mi cuerpo casi inerte, se tambalea el fantasma del remordimiento. Con él aflora la culpa, intentando ahorcarme con frecuencia, martillando entre mis recuerdos y siendo el peso más fuerte que alguna vez llevé en mi espalda.

Todo comenzó cuando yo era un novato, un aprendiz en un estrecho laboratorio. Allí me sentaba por largas horas a escuchar al señor Antónío Egas.

Entre las palabras que logro recordar de manera vaga, se hallan aquellas que describían el caso de dos chimpancés: presentaban síntomas de ansiedad y neurosis. A uno de

ellos se le extirpó el lóbulo frontal, y así se lograron eliminar los síntomas, mostrándose más dócil y calmado.

António estaba tan impresionado que comenzó a estudiar dicha técnica en humanos. Estábamos de un lado para otro, haciendo planes, ansiosos por obtener frutos, pero en aquel momento no nos dábamos cuenta que estábamos caminando sobre una cuerda floja que no tardaría en romperse.

Por aquella época, las instituciones mentales se encontraban saturadas de pacientes que no sabían cómo tratar. El procedimiento más recurrente era la terapia de electroshock. No existía riesgo de muerte, pero los pacientes solían acabar con huesos rotos.

António y yo nos reuníamos cada día para formular hipótesis sobre el posible experimento en humanos. Sabíamos que conquistaríamos la ciencia y la medicina. Seríamos aclamados por el público al darles otra alternativa.

En un par de meses, presentamos el proyecto en veinte pacientes que sufrían de ansiedad y neurosis. Perforábamos dos agujeros en la parte frontal o lateral del cráneo e inyectábamos alcohol en el cerebro para matar una parte del mismo.

Debo admitirlo, aquella imagen perduraría para siempre en mi memoria. La aguja traspasando la carne de la paciente, sus puños apretados hasta que los nudillos perdieron su color, las gotas de sangre corriendo por su rostro y el breve zumbido de aquel aparato moviéndose lentamente entorno a su cerebro.

El procedimiento fue un éxito. Se bautizó como “Lobotomía”.

Pronto éramos el titular de cada periódico, nuestros nombres circulaban en conversaciones, en los pasillos de universidades y hospitales. El salto a la fama fue totalmente abrupto y brusco.

Algo que llamó mi atención fue la actitud del doctor Egas. No tardó demasiado en volverse avaro, distante y demasiado callado. Cuando tuvimos un laboratorio más grande me sacó casi a patadas, argumentando que ya no me necesitaba más.

La cólera hizo efecto en mí y al llegar a mi hogar, tomé represalias contra los objetos que se cruzaron en frente. Aquel bastardo acabó por aprovecharse de todo lo que alguna vez pude brindarle para concluir con sus experimentos.

Lo odiaba. Llegué a verlo como un padre, más allá de ser mi mentor. Sentí inocuos todos los conocimientos adquiridos con él, detestaba saber que estaba siendo exaltado por la fama derivada de las lobotomías y yo, un cero a la izquierda.

Las siguientes semanas las usé para maquinarme mi venganza: recurrí a un viejo amigo que trabajaba en una base militar. Sabía que los soldados regresaban con profundos traumas de la Segunda Guerra, lo cual me hacía pensar en otra alternativa para realizar experimentos.

Así le di rienda suelta al inicio del fin.

Desesperado por hallar una manera de superar las tácticas de Egas y excusándome sícnicamente en ayudar a los soldados, comencé a experimentar por mi propia cuenta tanto con sus cuerpos como con sus mentes.

Pero las cosas no salían como yo deseaba.

Frustrado, cada día realizaba de peor manera mis experimentos. Atormentado por lo que había comenzado a notar en ellos, me acerqué a las ventanillas que vigilaban cada movimiento de mis “ratones de laboratorio”.

Mi cuerpo se quedó paralizado al observar cómo aquellos hombres habían perdido el pigmento de la piel, las ojeras bajo sus párpados oscuros eran cada vez más grandes. A algunos les faltaba cabello e incluso sus sonrisas se habían deformado. Pude notar los pedazos de piel faltantes en varias partes de su cuerpo, y los cadáveres ya hinchados de algunos de ellos, a los cuales les faltaban las extremidades, arrancadas con salvajismo y sin piedad.

Fue impactante. Necesitaba tiempo para discernir y encontrar una solución, aunque mi mente me repetía con voz propia que el peligro era inminente.

Una noche, algunos gritos y golpes me despertaron. Me di cuenta que el sistema que restringía la seguridad había sido violado. Se había desatado el caos.

Horrorizado, observé a la criatura moverse con lentitud hacia mí. De su boca se desprendía saliva y sangre, líquidos que fluían libremente a través de su clavícula. Pude sentir la rabia desprenderse de su cuerpo. Aquellos ojos perforaban cada ápice de mi piel al borde de calcinarme. Le faltaban varios dientes y de sus extremidades surgían protuberancias semejantes a obscenas verrugas, frutos de mis inventos. En esto se había transformado.

Era el resultado de todo el mal predominante en mi interior, la suma de mi avaricia e imparables deseos de ven-

ganza. Era un monstruo, aquel que habitó en mi interior y ahora se materializaba en mi verdugo.

Se abalanzó sobre mí como un perro hambriento. Puedo sentir aún sus filosos dientes penetrando mis músculos, mi sangre tibia correr a borbotones como aquel río que lleva al infierno. El punzante dolor batalló con mi cuerpo hasta vencerlo.

Eran víctimas, mis víctimas y yo... víctima de mi propio invento.

Ahora, estoy acá, agonizando. Pido a gritos que me escuchen. Mis ojos no obedecen las ordenes de mi cerebro, mi voz se pierde en un estado vegetativo.

Fallezco ante la voz del profesional que da las últimas palabras: “desconéctenlo, ya no es de éste mundo, el monstruo se ha ido”.



Segundo puesto

El Loco de Monguí

Miguel Ángel Pérez Castrillón
Institución Educativa Fe y Alegría Granizal

Alguna vez, en un pueblo donde la gente no creía en la ciencia y nunca se preguntaba nada, nació un niño muy diferente a todos, pues no había un día en que no inquiriera a los demás sobre lo que le rodeaba: ¿Por qué las gallinas hacen kikirikí? y ¿por qué brilla el Sol?, ¿qué es el Sol?, y...

En Monguí pocas personas le hablaban a Santiago, pero muchas se burlaban de él. No había necesidad de un loco en el pueblo, porque el loco ya era él, al estar preguntando cosas tan absurdas que nadie sabía responder. Pero Santiago tenía dos amigos a quienes no les disgustaba su manera de ser: Mario y Adrián.

Un día, jugando con ellos a las escondidas, Santiago contaba hasta diez cuando, a lo lejos, notó una luz amarilla que brillaba en el interior de una cueva. Como siempre, aquello le generó inquietud, así que detuvo la cuenta en siete y se aventuró a mirar qué era ese resplandor.

Mientras se acercaba a la cueva, Santiago escuchó murmullos de personas discutiendo:

—Es él, estoy seguro.

—No digas tonterías, no puede ser él, solo es un niño común.

—¡Cállate! No digas eso.

—Silencio los tres, el chico ya se acerca.

Asustado por las voces, Santiago llamó a Mario y Adrián para que lo acompañaran, pero ya adentro, los otros dos no vieron ninguna luz.

—¿Que no la ven? Es amarilla y muy brillante —dijo Santiago.

—No vemos nada, aquí está muy oscuro —dijo Adrián.

—Es verdad, da miedo estar aquí, nosotros nos vamos —dijo Mario.

Mario y Adrián salieron corriendo dejando a Santiago atrás. Él, al ver que estaba solo y con mucha valentía, se adentró al interior de la cueva y observó que la luz provenía de una piedra. Al acercarse se dio cuenta de que en realidad era un libro. Como era de esperarse, decidió abrirlo. Sin más, el libro lo absorbió y Santiago se vio de repente en un jardín extraordinario que tenía toda clase de plantas y animales. Maravillado, se preguntó dónde estaba cuando, frente a él, aparecieron cuatro personajes peculiares.

—Santiago, eres bienvenido al Jardín de Keukenhof.

—¿Y por qué estoy aquí?, ¿quiénes son ustedes? —dijo Santiago.

—Santiago, yo soy Adriana Ocampo y soy especialista en Astronomía y Geología. Él es Jorge Reynolds, especialista en Electrofísica cardíaca e Ingeniería Biomédica.

—Yo soy Martha Gómez y soy especialista en clonación de animales. Él es Nelson Sabogal, una de las personas que más sabe sobre los secretos de la capa de ozono.

—Estás aquí porque queremos ayudarte a resolver las preguntas que has formulado y hasta ahora, nadie te ha respondido —dijo la doctora Ocampo—, pero tendrás que contarles a todos en Monguí, para que ellos también puedan entender el mundo.

Transcurrieron cuatro días y Santiago había aprendido muchos secretos del universo y la materia. Fue entonces cuando quiso regresar a casa. El día de partir, el doctor Reynolds le indicó:

—Cierra los ojos, cuenta hasta tres y luego ábrelos.

Cuando Santiago abrió los ojos, vio que estaba fuera de la cueva, descansando sobre el prado, y se dio cuenta de que todo había sido todo un sueño y sin embargo recordó lo que los científicos le habían encargado.

Camino al pueblo, Santiago tocó puerta por puerta y los reunió a todos en la plaza. Alzó la voz y empezó a narrar lo que había acontecido en la cueva y concluyó diciendo: —Les diré cada una de las razones de por qué el mundo es como lo conocemos. Su amigo Mario, confiando en su historia, le preguntó:

—¿Por qué el cielo es azul?

Santiago, sin vacilar, respondió que el cielo es azul debido a la manera en que la atmósfera interactúa con los rayos del sol. La luz blanca, como la emitida por el sol, está compuesta por muchos colores diferentes, cada uno con su propia longitud de onda correspondiente...

Y así, atendiendo cada inquietud y explicando los porqués, Santiago dejó de ser el Loco de Monguí y, poco a poco, fue estudiando hasta convertirse en un gran científico.



Categoría 3

8 a 10 años

Primer puesto

¿Por qué no se caen las nubes?

Juanita Osorio Osorio
Colegio Gimnasio Integral Santa Ana



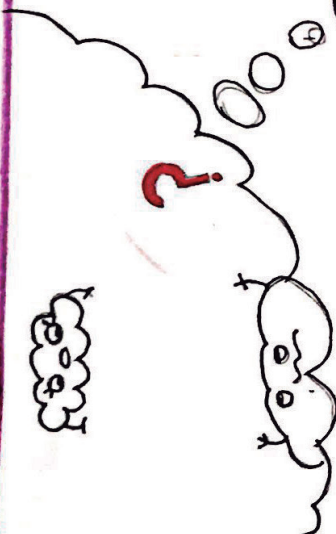
¿PORQUÉ NO SE CAEN LAS NUBES?



¿será que tienen un soporte invisible?

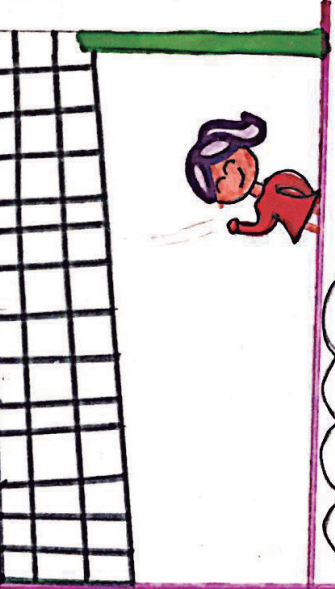


¿será que tienen alas?

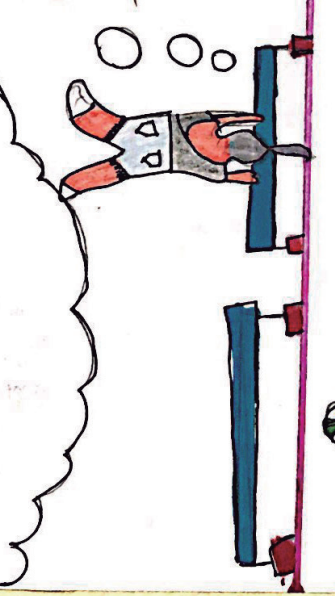


¿será que cogoda esta?





Porque el empuje del viento mantiene en el aire las gotitas de agua que forman las nubes



ya se!!



Juanita Osorio Osorio 4-A

Juanita Osorio Osorio

Categoría 3

8 a 10 años

Segundo puesto

¿Cuántos microbios hay en el mundo?

Jineth Alejandra Chica Álvarez
IE Lola González





Jineth
Alejandra
Chica
Alvarez

10

cuantos





Jineth Alejandra Chica Álvarez

**UNIVERSIDAD
EAFIT**[®]



**Universidad de los niños EAFIT
Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas
Pregrado en Literatura, Departamento de Humanidades**

Más información

www.eafit.edu.co | Teléfono 261 95 00 | uninos@eafit.edu.co



@eafit



@eafit



ueafit



@universidadeafit